

Libertad o muerte, un lema para dos naciones: similitudes y diferencias entre las revoluciones griega y uruguaya (1811-1821)

*Freedom or death, one motto for two nations:
Similarities and differences between the Greek and Uruguayan
Revolutions (1811-1821)*

KATIA MARINA SILVA*

Recepción: 17 de febrero de 2024

ISSN (digital): en trámite

Aceptación: 16 de mayo de 2024

DOI: <https://doi.org/10.25009/urhsc.v1i44.2845>

Resumen:

Uruguay y Grecia cumplen doscientos años de su independencia. Este artículo propone analizar tres dimensiones de su proceso emancipatorio: el origen de las revoluciones y el proyecto político, el papel desempeñado por gauchos y kleftes y el rol de Gran Bretaña en la creación de ambos Estados nacionales. El estudio se justifica por la escasez de antecedentes que aborden posibles paralelos. La metodología es de tipo comparativo, basada en una revisión bibliográfica de fuentes primarias y secundarias. Se identifican similitudes que incidieron en la construcción e identidad nacionales: la ausencia de un proyecto político definido previo a la independencia; el uso de kleftes y gauchos como combatientes, su exclusión política de los Estados independientes y su recuperación ulterior como símbolos de la nación; el rol predominante de Gran Bretaña en el surgimiento de los dos Estados nación.

Palabras clave: Revolución, independencia, construcción nacional, Grecia, Uruguay.

* Universidad de la República Oriental del Uruguay, Montevideo, Uruguay, e-mail: katiamarina.com@gmail.com.



Abstract.

Uruguay and Greece celebrate two hundred years of their independence. This article proposes to analyze three dimensions of its emancipatory process: the origin of revolutions and their political project, the role played by gauchos and kleftes and that of Great Britain in the creation of national States. The study is justified by the scarcity of antecedents that address possible parallels. The methodology is comparative, based on a bibliographic review of primary and secondary sources. Similarities are identified which influenced national construction and identity: the absence of a defined political project prior to independence; the use of kleftes and gauchos as combatants, their political exclusion from independent States and their subsequent recovery as symbols of the nation; the predominant role of Great Britain in the emergence of nation states.

Key words: Revolution, independence, national construction, Greece, Uruguay.

INTRODUCCIÓN

LAS REVOLUCIONES GRIEGA Y ORIENTAL surgieron en un mismo contexto internacional, marcado por la crisis de los imperios coloniales y del Antiguo Régimen. Tanto en Europa como en los dominios españoles de América, empezaban a escucharse reivindicaciones de un nuevo tipo, fundadas en el deseo de liberarse del ocupante y gobernarse a sí mismos. En el ámbito político e ideológico, cundía la inspiración de las revoluciones francesa y estadounidense; esta última proporcionaba, además, el ejemplo de un país que había logrado asentar una forma de gobierno basada en los mismos principios de su proceso emancipatorio. Sin embargo, liberarse de la tutela del invasor era una cosa, pero la construcción de un proyecto político que abarcara la conciencia de pertenecer a un conjunto sociocultural común —llamémoslo nación— dentro de un Estado política y económicamente viable, era otra muy distinta.

El presente trabajo propone comparar la trayectoria de Grecia y Uruguay en cuanto a su conformación como Estados nacionales, desde el inicio de su proceso revolucionario hasta las declaratorias de independencia. Se parte de la hipótesis que ambos países comparten similitudes destacables, asociadas a la contemporaneidad de sus procesos, en una época de transición que se caracteriza por el advenimiento de los Estados nación. Ésta se vio marcada

por la centralización del poder, la unificación del territorio y las transformaciones sociales producto de estos cambios. Por otro lado, esta nueva configuración se asocia al desarrollo del comercio internacional, la globalización de los fenómenos políticos y económicos y la hegemonía creciente de Gran Bretaña. Son pocos los antecedentes hallados que aborden posibles similitudes y éstos se centran particularmente en su dimensión más conocida, a saber la influencia de Gran Bretaña. Esta reflexión aspira a esbozar un panorama más amplio y examinar otros posibles paralelos: los proyectos políticos al origen de las revoluciones y sus motivaciones; el rol y destino de kleftes y gauchos como combatientes, tipos sociales y figuras simbólicas; el proceso de construcción nacional de ambos países como Estados nacionales. Previo a ello, se detallarán los aspectos metodológicos relevantes en el marco de un estudio comparativo, para luego presentar el contexto histórico regional e internacional que dio lugar a los acontecimientos.

METODOLOGÍA

La tendencia a comparar es una práctica intelectual universal, basada en el principio de que la confrontación de un objeto de análisis con otros, similares o diferentes, ayuda a su comprensión. En ciencias sociales y en historia, el método comparativo sitúa la comparación en el centro del análisis por su valor heurístico que compensa, de cierta forma, la ausencia de procedimientos experimentales. En el marco de un enfoque deductivo, la comparación permite verificar la pertinencia de una hipótesis previa. Utilizada de forma inductiva, propone una explicación general de ciertos fenómenos observados en diferentes espacios, con base en un estudio de casos (Julien, 2005).

Las dos debilidades fundamentales del método comparativo son la existencia de numerosas variables y la escasez de casos¹ (Liphart, en Olabarrí, 2010). Sin embargo, comparar fenómenos, acontecimientos o momentos históricos implica, inevitablemente, adentrarse en universos diversos, con

¹ Adoptamos aquí la definición de *casos*, como “realidades singulares (acontecimientos, periodos, instituciones o procesos en países, grandes áreas, culturas, etc.) que muestran tales y tan significativos paralelismos entre sí que invitan a la comparación” (Olabarrí, 2010, p. 54).

variables subjetivas. Por otro lado, la gran fortaleza de la comparación reside en su potencial crítico: el ejercicio comparativo obliga a cuestionar discrepancias entre historiografías, fuentes, categorías y escalas y permite explorar cuestiones que no habrían aflorado en el estudio de un solo caso. Si bien cada estudio debe establecer reglas empíricas de procedimiento, todos ellos se enfrentan al manejo de varias historiografías, a la heterogeneidad de las fuentes y a su falta de correspondencia. A este problema se suma a menudo el de la traducción y transcripción de una lengua a otra, lo cual convierte el dominio de uno o más idiomas en herramienta indispensable. Finalmente, cabe señalar que se considera como la más sólida, la historia elaborada con base en fuentes primarias y secundarias (Olabarri, 2010).

Otra cuestión metodológica se refiere a la relevancia del marco elegido. El más común para la comparación histórica es el nacional, como herencia del surgimiento de los Estados nacionales del siglo XIX, aunque éste puede solapar otras escalas de comparación más pertinentes. También deben tenerse en cuenta los límites temporales que, al igual que la distancia geográfica, implican asumir variables susceptibles de sesgar el análisis. Finalmente, quizás la dificultad fundamental del enfoque comparativo sea la de elaborar un cuestionario transversal a las sociedades, culturas y espacios considerados, que permita hacer comprensibles sus similitudes y diferencias. En efecto, una vez delimitados los objetos de estudio, es necesario definir una grilla de lectura, es decir, plantear qué dimensiones de esos objetos se analizarán para demostrar la hipótesis planteada (en un enfoque deductivo) o construir la explicación general de los fenómenos identificados (enfoque inductivo).

En el presente estudio, el punto de partida es de índole deductiva, pues nace de la hipótesis de que, por determinadas características esenciales (de la esencia) y contextuales compartidas, los procesos independentistas y de conformación nacional de Grecia y Uruguay ameritan ser comparados. En primer lugar, por su contemporaneidad, en un momento histórico en que las grandes potencias empiezan a tener incidencia en regiones geográficas alejadas —de ellas y entre sí— de una forma más sutil, más que por su participación directa en conflictos bélicos. En segundo lugar, porque se sitúan en una era de transición económica, en la que intercambios locales o regionales dejan paso a un modelo capitalista globalizado, con repercusiones estructurales similares y observables en ambas sociedades. En tercer lugar,

porque se cuentan entre los primeros ejemplos de Estados nacionales nacidos en la primera mitad del siglo XIX. En cuanto a aspectos metodológicos propiamente dichos, se destaca la utilización de fuentes primarias (constituciones y declaratorias de independencia, textos normativos, fragmentos de correspondencia, ensayos y literatura) en sus idiomas originales —español y griego— y fuentes secundarias en estas mismas lenguas, a las que se suman el inglés y el francés, por el corpus destacado existente en estos dos idiomas. Finalmente, se eligieron tres dimensiones para el análisis comparativo: el proyecto político previo a las independencias, que consiste en una revisión de sus orígenes y particularidades; el rol de gauchos y kleftes como combatientes y su destino posterior como símbolos de la nación, elección fundamentada por el hallazgo de similitudes importantes en fuentes primarias y análisis desarrollados en estudios secundarios destacados, como los de Eric Hobsbawm; el rol de Gran Bretaña en el surgimiento de los Estados nacionales, pues el ascenso de esta potencia, en un contexto de globalización creciente, alimenta la hipótesis acerca de la existencia de puntos convergentes en cuanto a su influencia en la conformación de Grecia y Uruguay.

CONTEXTO INTERNACIONAL Y REGIONAL

Una colonia se define como un territorio en general alejado de la metrópoli, ocupado con fines diversos y previamente habitado, en forma más o menos densa, por pobladores nativos. Puede tratarse de colonias de posición, es decir, posesiones estratégicas para el dominio del territorio circundante; de poblamiento, en las que una población metropolitana mayoritaria reproduce la sociedad de origen y somete a los nativos, demográficamente más débiles; colonias de explotación, donde una población autóctona o de origen africano mayoritaria es puesta al servicio de la metrópoli y de sus colonos y donde, en estratos sociales inferiores, se da un proceso de mestizaje (Ortega, 2011).

Al tratarse la Banda Oriental² de una región con escasas riquezas naturales y alejada de las rutas comerciales tradicionales entre España y sus

² Se entiende por Banda Oriental el área geográfica que abarca el territorio de la actual República del Uruguay y el Estado de Río Grande do Sul de la República Federativa de Brasil (Torres, 2019).

colonias, su proceso de colonización fue relativamente tardío y se inició con el mero objetivo de establecer nuevos accesos hacia las minas de oro y plata del Alto Perú. Se fundaron entonces, a mediados del siglo xvi, algunos puertos en la costa del río Uruguay, colonias de posición que no eran más que puntos de escala para los buques que remontaban el Paraná. Por otro lado, la fuerte resistencia de las poblaciones autóctonas constituyó un obstáculo importante para la apropiación y poblamiento del territorio (Torres, 2019). Esta situación comenzó a revertirse con la introducción y multiplicación del ganado a principios del siglo xvii, que suscitó el interés de toda clase de europeo (español, portugués, inglés) dedicado al comercio, a la faena o al contrabando. Por otro lado, en la colonización de la región de la Banda Oriental influyó determinantemente su condición de frontera defensiva, donde las Misiones Orientales cumplieron un papel esencial en la defensa y ocupación del territorio hispano contra el avance portugués. Aparecieron entonces los primeros asentamientos de colonos españoles, reunidos en comunidades religiosas —las reducciones— y, concomitantemente, un proceso de mestizaje de esos hombres con mujeres indígenas. La Banda Oriental pasó entonces de ser un área periférica del Imperio español a desarrollarse como un espacio geográficamente estratégico, tanto por su condición de frontera entre los imperios ibéricos como por la importancia económica que adquirió gracias a la circulación mercantil impulsada por su riqueza pecuaria (Torres, 2019).

Concomitante a este proceso de poblamiento y desarrollo, el concepto de colonia adquiere, entre fines del siglo xviii y principios del xix, una connotación peyorativa en los dominios españoles de América, a medida que emerge el concepto opuesto de nación. La colonia se transforma entonces en un territorio al que se le niega la posibilidad de autogobernarse (Ortega, 2011). En este contexto, en las primeras décadas del siglo xix, tuvo lugar la eclosión de los procesos revolucionarios en América Latina y el Caribe, a expensas de una monarquía española debilitada por la invasión francesa de 1808. El vacío de poder provocado por las Abdicaciones de Bayona (Carlos iv y Fernando vii, sucesivamente) abrió paso a una revolución liberal, primero en España y luego en las colonias americanas, que contaban con la ventaja del precedente exitoso de la emancipación de los Estados Unidos de América en 1776.

Mientras tanto en Europa, las mismas guerras napoleónicas y la derrota de Bonaparte desembocaron en 1815 en el Congreso de Viena, encabezado por el ministro de asuntos exteriores y futuro canciller del Imperio austríaco Klemens von Metternich. Éste pretendía rencauzar las relaciones internacionales en los principios conservadores del absolutismo, con el objetivo de evitar cualquier estallido de índole revolucionaria y una nueva guerra europea. Para ello se firmó, en 1815, el Tratado de la Cuádruple Alianza entre Austria, Prusia, Rusia y Gran Bretaña. Las potencias signatarias pusieron gran empeño en restablecer un orden que garantizara la paz continental y, claro está, sus intereses estratégicos en el continente. Esto implicaba pues, negar las aspiraciones de los pueblos a disponer de sí mismos y reprimir insurrecciones y revueltas, recurriendo si era necesario a una intervención militar (Mougel & Pacteau, 2012). Si bien la restauración borbónica de 1813 y el Congreso de Viena terminaron con las veleidades liberales de la Constitución de Cádiz en España, no lograron detener los procesos emancipatorios latinoamericanos, todos los cuales desembocaron, entre 1810 y 1830, en declaratorias de independencia.

Aunque tiende a considerarse la caída de Constantinopla (1453) como el inicio de la dominación otomana sobre los griegos, la mayor parte sus territorios ya pertenecían al Imperio otomano desde el siglo xiv (Tsiptsios, 2017). Esos griegos bajo dominación turca se autodenominaban *Rum* de *Romaios* (romano), tal y como se definían previamente los bizantinos. Formaban parte del *millet* ortodoxo, una de las comunidades confesionales minoritarias del Imperio, cuyos miembros se beneficiaban de la libertad de culto bajo protección legal y de la posibilidad de autogobernarse en ámbitos relativos a la organización y funcionamiento comunitarios. La categoría de *Rum* o romeo, sin embargo, abarcaba identidades y realidades muy diversas, en términos lingüísticos (podían ser de lengua griega, turca, albanesa, búlgara, etc.), geográficos y de clase socioeconómica. Su punto de convergencia era la religión griega ortodoxa, bajo la autoridad del patriarca ecuménico de Constantinopla que llevaba el título de etnarca, literalmente “jefe de la nación” (Tsiptsios, 2017). El sistema de los *millet*

asentó las bases para la convivencia e intercambios (culturales, lingüísticos y comerciales) entre las diferentes comunidades del Imperio. Este cosmopolitismo favoreció conexiones en todo el mundo mediterráneo y contribuyó, a través de la solidaridad diaspórica, a la emergencia de dinastías griegas de comerciantes y armadores. Estas familias formaron posteriormente una aristocracia ortodoxa del Imperio, conocida como fanariotas, del barrio stambuliota de Fanar, donde residían algunas de ellas. Poco a poco, esta élite sustituyó a genoveses y venecianos en el comercio con regiones del Mar Negro, del Egeo y del Mediterráneo oriental (Delorme, 2014a). En un Estado turco sin administración tributaria consecuente, los fanariotas adquirieron el capital necesario para convertirse en acreedores del sultán y, de paso, amasar fortunas considerables. Al formar a sus hijos en universidades de Europa occidental, se convirtieron en los únicos capaces de proporcionarle a la administración del Imperio diplomáticos políglotas y competentes. Monopolizaron así, en particular, la función de gran dragomán de la Puerta y la de dragomán de la flota, principales colaboradores y sustitutos del ministro de Asuntos Exteriores y del almirante de la flota, respectivamente. Así pues, esta elite de griegos ortodoxos llegó a ocupar puestos clave en la administración y la diplomacia del sultán, respaldada por fortunas consecuentes, amasadas gracias al desarrollo del comercio regional y por conexiones con la diáspora establecida en las principales ciudades europeas (Delorme, 2014a).

El Imperio otomano, por su lado, enfrentaba problemas estructurales desde el siglo xvii y en el umbral del siglo xix, la conjunción de conservadurismos había conseguido bloquear todo intento de reforma en profundidad del Estado, encabezado desde 1806 por el sultán Mahmud II. El ejercicio del poder no estaba organizado en ministerios, el Estado carecía de presupuesto anual, no tenía administración provincial competente, ni sistema de capacitación para sus jerarcas (Delorme, 2014b). En este contexto surgieron dos insurrecciones serbias (1804-1813 y 1815-1817), que establecieron en 1817 un principado regido por una Constitución, una dinastía real y un parlamento propio. El precedente serbio marcó el inicio de otros procesos emancipatorios (el búlgaro y el griego principalmente), que, en menos de un siglo, llevarían a la desagregación del poder otomano en el sureste de Europa y a su reorganización en Estados nacionales.

ORÍGENES DE LAS REVOLUCIONES Y PROYECTOS POLÍTICOS

La Revolución oriental partió de un sector urbano, vinculado a las actividades del puerto y deseoso de romper con el lazo del monopolismo español (Machado, 1984). Su primera fase, iniciada en 1810, se benefició de un contexto jurídico político favorable, producto de la vacancia del poder en España. En el terreno, se caracterizó por la lucha contra españoles y portugueses, pero también contra posturas más centralistas y unitarias vehiculadas por Buenos Aires (Frega, 2005). La necesidad de aunar fuerzas requirió una alianza con las campañas, que desembocó en el Grito de Ascencio de 1811, considerado como el punto de partida del proceso emancipatorio en la Banda Oriental. La incorporación de José Gervasio Artigas significó la concreción del liderazgo necesario para llevar adelante el proceso revolucionario, pues éste gozaba, en aquel momento, de la confianza de las élites urbanas y del reconocimiento de las tropas rurales. Nacido en Montevideo en 1764, en una familia de hacendados, militares y funcionarios de la administración colonial, Artigas adquirió tempranamente conocimientos del ámbito rural y de sus pobladores. En 1797 inició su carrera militar en el Cuerpo de Blandengues, contingente creado ese mismo año para defender las fronteras y garantizar la seguridad en la campaña (Frega, 2005). Como lo resume Ana Frega (2005): “Al inicio de la revolución, el futuro ‘jefe de los Orientales y Protector de los Pueblos Libres’ contaba con sólidos vínculos entre los ‘gauchos’, indígenas, ocupantes de tierras sin título y los hacendados, que le permitían actuar como ‘puente’ entre grupos sociales heterogéneos” (p. 27).

En cuanto a su concepción de lo que debía ser la organización política poscolonial Artigas se vio notablemente influenciado por el pensador de la Ilustración francesa Montesquieu, que había inspirado en gran medida la formación republicana de los Estados Unidos de América (Aguerre, 2015). En *Del espíritu de las leyes*, Montesquieu no hace distinción explícita entre federación y confederación, pero sí le atribuye a la unión de pequeñas repúblicas una ventaja defensiva superior, pues considera esta formación como la única capaz de mantener el orden interno, luchar contra la corrupción y enfrentar eficazmente amenazas externas.

Si acontece alguna sedición en uno de los miembros confederados, los demás pueden apaciguarla. Si se cometen abusos en algún lado, son

corregidos por las partes sanas. Ese Estado puede perecer por un lado, sin perecer por el otro; la confederación puede ser disuelta y aun así los confederados permanecer soberanos. Compuesto por pequeñas repúblicas, goza de la calidad del gobierno interior de cada una y tiene frente al exterior, por la fuerza de la asociación, todas las ventajas de las grandes monarquías (Montesquieu, 1748, p. 98, traducción propia).

La primera expresión moderna de una república organizada con soberanía dividida fue la de Estados Unidos. Este precedente ejerció una gran influencia en todo el continente americano, tanto por el Acta de Confederación y Unión Perpetua de 1778, como por la Constitución Federal de 1787 (Aguerre, 2015). Acorde a esta concepción federalista del Estado, la independencia de España constituía el principal objetivo de la Revolución (1ª Instrucción del Año XIII), pero la creación de la Provincia Oriental no planteaba la de un país independiente: “No se admitirá otro sistema que el de Confederación para el pacto recíproco con las Provincias que formen nuestro Estado” (Artigas, 1813, Art. 2). En cuanto a las élites locales, en particular las urbanas, éstas habían manifestado su apoyo con la perspectiva de asentar su dominio económico sobre el futuro territorio. Sin embargo, rápidamente avistaron en el artiguismo una amenaza para la firma de un acuerdo de paz que les permitiera retomar sus actividades comerciales en el orden poscolonial (Frega, 2005). En lugar de ello, temían el advenimiento de una revolución social que transformara en profundidad las relaciones de poder, precisamente a favor de las clases más desfavorecidas. Por ende, estos grupos apoyaron la invasión lusitana “pacificadora” de 1816, con el objetivo de desarrollar el comercio a partir del puerto de Montevideo, aunque para ello hubiera que supeditar el nuevo gobierno a otro Estado (Frega, 2005). Tras la derrota y exilio de Artigas en 1820, la Banda Oriental permaneció bajo dominio portugués y luego brasileño a partir de 1822, hasta la “cruzada libertadora” de los 33 Orientales de 1825. En ésta participaron varios militares pertenecientes a la logia masónica (o paramasónica) de los Caballeros Orientales, cuyo lema “Libertad o Muerte” se convertiría años más tarde en el lema nacional de Uruguay.

La Ley de Independencia, declarada por los representantes de los cabildos provinciales, estipulaba que quedaban “disueltos [...] todos los actos de

incorporación [...] a los intrusos poderes de Portugal y el Brasil [...] y de cualquier otro del universo y con amplio y pleno poder [a la provincia] para darse las formas que, en uso y ejercicio de su Soberanía, estime convenientes” [República Oriental de Uruguay (ROU), 1825]. Acto seguido, la Ley de Unión declaraba que la Provincia Oriental del Río de la Plata quedaba “unida a las demás de este nombre en el territorio de Sud América, por ser la libre y espontánea voluntad de los Pueblos que la componen” (ROU, 1825). La guerra entre las Provincias Unidas y el Imperio del Brasil se prolongó hasta la Convención Preliminar de Paz (1828) mediada por Gran Bretaña. Las dos partes contratantes (Brasil y Argentina) acordaron declarar la independencia de la “Provincia de Montevideo”, con un gobierno provisorio que redactara una Constitución, promulgada en 1830.

La aparición de la idea nacional griega, por otra parte, se sitúa en un contexto muy distinto al de los futuros Estados latinoamericanos. En primer lugar, el pueblo griego no se beneficiaba de la distancia geográfica que separaba los dominios españoles de América de la metrópoli, tampoco de la vacancia del poder provocada por las Abdicaciones de Bayona. Por un lado, los territorios habitados por griegos formaban un continuo geográfico con el Imperio otomano que, si bien estaba debilitado en aspectos ya mencionados, aún tenía capacidad para oponerse a las reivindicaciones nacionalistas de sus súbditos. El ideal nacional griego moderno hunde sus raíces a finales del siglo XVIII entre la diáspora cosmopolita establecida en grandes metrópolis europeas, donde las ideas de la Revolución francesa tuvieron gran impacto (Couroucli, 2002). El *estatu quo* impuesto por Metternich luego de la derrota de Napoleón propició, a su vez, la difusión de ideas nacionalistas a través del continente europeo. Las élites urbanas de Europa oriental fueron particularmente sensibles a ese mensaje de liberación y los griegos constituían, entre ellas, el grupo más numeroso. Así es como la independencia de Grecia se convirtió en el primer proyecto nacional dentro del Imperio otomano, en territorio musulmán. Los iniciadores del movimiento independentista, la sociedad secreta de inspiración masónica *Filikí Etería* (Sociedad de Compañeros), comenzaron

entonces a preparar el levantamiento contra el ocupante turco. De origen principalmente veneciano, la masonería griega adhería a los valores liberales, racionales y progresistas de la Ilustración francesa (Rimikis, 2017). En este sentido, instaba a la lucha contra la dominación del sultán, sin por ello rechazar el aporte histórico y religioso de la ortodoxía (Ducret & Krauss, 2014). La *Filikí Etería*, que compartía con la Logia de los Caballeros Orientales el lema de “Libertad o Muerte”, había sido creada en Odessa en 1814 por tres mercaderes, que hallaron apoyo político en diplomáticos griegos al servicio del zar y económico en miembros de la burguesía y aristocracia de la diáspora. Entre ellos, se encontraban los fanariotas, que desempeñaban además altos cargos en la administración del sultán. Ante la negativa del entonces ministro de Relaciones Exteriores de Rusia Ioannis Kapodistrias (masón y futuro primer gobernador de la Grecia independiente) para encabezar la organización, asumió ese rol el oficial del ejército ruso y también masón Alexandros Ypsilantis.

La insurrección comenzó en las provincias danubianas (actuales Rumania y Moldavia) en 1821 bajo el mando de Ypsilantis, seguida por el levantamiento del Peloponeso, del resto de la Grecia continental y de las islas. En 1822 fue proclamada en la Asamblea de Epidaurio la primera Constitución, inspirada por el texto francés de 1795, más moderado que el de 1793 (Rubio, 1999). Fiel a los principios de la *Filikí Etería*, la declaratoria comienza con la reiteración del objetivo primero de la Revolución: la liberación del yugo otomano: “La nación griega, bajo la horrible dinastía otomana, incapaz de soportar el yugo más pesado y sin precedentes de la tiranía y habiéndola abandonado con gran sacrificio, proclama hoy a través de sus legales en una asamblea nacional ante Dios y los hombres su existencia política y su independencia” (República Helénica, 1823, Introducción, traducción propia).

Acto seguido, el artículo primero del texto constitucional recuerda que, a pesar de la libertad religiosa otorgada a todos aquellos que viven en territorio griego, “la religión del Estado de la Revolución es la de la Iglesia oriental ortodoxa de Cristo” (República Helénica, 1823, Artículo 1º, traducción propia). A los pocos días, la Asamblea adoptó una declaración de independencia que distinguía el movimiento de las revueltas anteriores y lo convertía, *de facto*, en una *epanastasi*, es decir, una revolu-

ción (Delorme, 2014b). Sin embargo, aparecieron divergencias internas, particularmente acerca de las tierras arrebatadas a los turcos y convertidas en “propiedad nacional”. Notables afortunados deseaban ponerlas en venta, pues sólo ellos tenían el capital para comprarlas, mientras que facciones más radicales preconizaban su repartición entre los campesinos (Delorme, 2014c). A estos conflictos se sumaron antagonismos entre políticos y militares, que degeneraron en guerras civiles entre 1823 y 1825. La siguiente fase de la Revolución fue marcada por la intervención de las potencias europeas, en particular Rusia, Francia y Gran Bretaña, que, por intereses políticos, ideológicos y estratégicos, decidieron impulsar la creación del nuevo Estado, proclamado en 1830 (Couderc, 2015). Tampoco fueron ajenas al cambio de rumbo las masacres perpetradas por el ejército otomano (en Chios en 1822 y en los asedios de Missolonghi entre 1820 y 1826), que galvanizaron un movimiento filelénico ya bien asentado en los ambientes intelectuales occidentales.

La influencia masónica en la fundación de Grecia ha sido minimizada durante mucho tiempo, debido esencialmente a su condena hecha por el patriarca de Constantinopla y por la Iglesia griega en 1933 (Ducret & Krauss, 2014). Sus nexos con la diáspora y con el extranjero hicieron que fuera ignorada por un helenismo que prefirió asociar la identidad nacional con el pasado antiguo, la lengua y la religión ortodoxa. Es verdad que el propósito independentista de la *Filiki Etería* sedujo en primera instancia a la burguesía diaspórica, interesada en dismantelar un orden que obstaculizaba su dinamismo económico y su participación en el ejercicio del poder político. El movimiento se oponía a las élites tradicionales, notables y jerarcas eclesiásticos, que basaban su dominación en el papel de intermediario local que ejercían con el poder otomano, mediante la administración comunal, la recolección de impuestos y, en buena medida, la explotación de la población rural (Ducret & Krauss, 2014). Para lograr su objetivo, los fundadores de la *Filiki Etería* se inspiraron en los valores e ideales masónicos y reprodujeron su organización al servicio de una causa nacional. Sin embargo, la propia composición de las logias constituía un

freno a la dimensión democrática y popular del proyecto político. Sus integrantes padecían el poco arraigo vivencial en el territorio griego y el desconocimiento de sus múltiples realidades socioculturales. Carecían además de un líder —ya fuera masón o no— capaz de unificar las fuerzas involucradas en un proyecto político común. Sin embargo, cabe recordar que numerosos precursores y combatientes del movimiento independentista, así como los primeros gobernantes del Estado tenían vinculación con la masonería; todos ellos, influenciados por sus valores, asentaron las bases de la Grecia moderna en ámbitos como la educación, el urbanismo y el sistema bancario (Ducret & Krauss, 2014).

El abordaje de la influencia de la masonería en Latinoamérica en los procesos independentistas latinoamericanos padece de una profesionalización historiográfica extremadamente tardía (segunda mitad del siglo xx), debido esencialmente a circunstancias políticas e ideológicas. En una primera etapa, a partir de 1850, las Grandes Logias sudamericanas recientemente institucionalizadas prefirieron evitar cualquier asociación con un proceso revolucionario eminentemente involucrado en asuntos políticos y (anti)religiosos (Solar, 2010). La tendencia se invirtió en el momento del centenario de las revoluciones, cuando la masonería procuró legitimarse como precursora del republicanismo latinoamericano y reivindicó, para ello, la filiación de los protagonistas del proceso revolucionario. Así, logias definidas anteriormente como sociedades secretas pasaron a ser masónicas, “y junto con ellas los padres de la patria” (Solar, 2010, párrafo 9). En todo caso, el proceso de implantación de logias, bajo la forma de sociedades patrióticas o secretas, masónicas o no, fue un fenómeno impulsado por los militares (ya fueran extranjeros o locales formados en el extranjero) en todo el Imperio español a partir del inicio del siglo xix (Solar, 2010). En el río de la Plata, consta que las invasiones inglesas de Buenos Aires y Montevideo entre 1806 y 1807, en el contexto de la guerra entre España e Inglaterra, introdujeron en la región dos logias militares (Estrella del Sur e Hijos de Hiram). Éstas iniciaron a cierta élite criolla bonaerense afín al liberalismo, con el fin de ganar simpatías a la causa británica (Solar, 2010 y 2013). Una situación similar, pero a menor escala, ocurrió en Montevideo, donde un número reducido de criollos, muchos de ellos unidos por vínculos amistosos o familiares, se

asociaron en torno a la publicación de periódicos y a la creación de sociedades secretas patrióticas, masónicas o no. En esta red fue gestándose la elaboración de un programa de reforma social, económica y cultural, en el que se vislumbraba una ruptura con el régimen monárquico, fundada en los valores del liberalismo (Solar, 2010). Poco a poco, los vínculos de amistad y parentesco fueron sustituidos por relaciones de carácter más político, que permitieron ampliar los horizontes geográficos e intelectuales de estos círculos. En todo caso, la creación de sociedades patrióticas y de logias masónicas (o de inspiración masónica) forman parte de un proceso más amplio de aprendizaje asociativo, iniciado por una élite criolla joven y comprometida, deseosa de construir un espacio político capaz de sustituir vínculos coloniales obsoletos. En este proceso se hallan las bases que servirán de zócalo social para la formación de la primera logia Lautaro en 1812. De la disolución de ésta nace en Montevideo, hacia 1819, la sociedad secreta de los Caballeros Orientales, el origen de la llamada cruzada libertadora (contra la invasión lusitana) de 1825. Sin embargo, a pesar de la pertenencia de varios integrantes de los 33 Orientales a la Logia de los Caballeros Orientales, no existen fuentes suficientes que corroboren el rol determinante de la masonería como tal en la lucha independentista. Su asentamiento en la tercera década del siglo XIX tiende a demostrar que fue precisamente la independencia la que creó las condiciones propicias a su desarrollo (Cano, 2018).

Uno de los puntos de convergencia principales entre las revoluciones griegas y oriental en cuanto a su propósito fundamental, fue el de querer liberarse de la dominación extranjera. Claro está que la vinculación entre griegos y otomanos consta de diferencias notables respecto a la que unía españoles y orientales, diferencias basadas en gran medida en la religión y su dimensión identitaria, como factor de diferenciación con el ocupante. Paradójicamente, ninguno de los dos pueblos sufría un grado de opresión insostenible cuando estallaron sus revoluciones (Stadtmüller, 1982); al contrario, ambos gozaban de una relativa libertad, debida en buena medida al declive consumado de los Imperios español y otomano.

En relación con ello, el poder económico se hallaba en buena medida en manos de los gobernados: en Grecia, las falencias de la administración otomana en materia fiscal habían dejado el ejercicio de esta actividad a miembros de otros *millet* (griegos, armenios, judíos) y, gracias a ello, los mercaderes griegos habían logrado el cuasimonopolio del comercio entre el Mar Negro y el Mediterráneo (Stadtmüller, 1982). En Hispanoamérica, funcionarios de la metrópoli, absorbidos por sus tareas administrativas, dejaron el desarrollo del comercio a criollos cada vez más independientes en términos financieros. Además de su poder económico, las élites locales desarrollaron formas de autogobierno local más o menos elaboradas, entre las cuales se destacan los cabildos de las ciudades hispanoamericanas, que desempeñaron un papel fundamental en el movimiento independentista. Así, gracias a su solvencia económica y a su capacidad de iniciativa, las élites locales griega y rioplatense pudieron familiarizarse con otros contextos a escala regional e internacional, absorber sus elementos educativos a través de escuelas y universidades y así construir redes que les darían el apoyo y la confianza necesarios para iniciar sus procesos emancipatorios.

El rol de la francmasonería debe ser analizado en el marco político, ideológico y socioeconómico de dos procesos independentistas contemporáneos. Si este papel parece más claro en el caso griego, cabe recordar los caminos paralelos y a veces cruzados que tomaron el liberalismo y la masonería durante el siglo XVIII y las primeras décadas del siglo XIX. Así, la adopción de la forma y de prácticas masónicas por la *Filikí Etería* no significa que la sociedad fuera realmente una logia o rama de la masonería, sino que refleja ante todo las inclinaciones de la burguesía griega bajo dominio otomano hacia el liberalismo (Brégnani, 2013). De la misma forma, en el Río de la Plata, estas logias actuaron como instancias organizativas para las élites criollas liberales y les permitieron ganar cohesión a escala regional, así como enlazar su proceso emancipatorio con otros contextos propicios al éxito de la empresa independentista. Tanto en Grecia como en Uruguay fueron un instrumento de guerra eficiente, pero las disensiones internas y el faccionalismo no les permitieron gestionar el proceso revolucionario, ni lograr estabilidad en las repúblicas emergentes (Solar, 2010; Brégnani, 2013).

En cuanto al liderazgo, el movimiento independentista griego careció desde el inicio de una figura unificadora, rol ejercido en la Banda Oriental por José Artigas, hasta desvanecerse su proyecto político de Confederación con la derrota de 1820. En ambos casos, los intereses económicos de las élites locales eran incompatibles con cualquier transformación social profunda que acompañara el proceso político de la independencia y, por lo tanto, con cualquier *epanastasi* o revolución. A pesar del carácter liberal y democrático de los textos fundadores (Instrucciones de 1813 en Uruguay, constituciones griegas de Epidaurio y Astros de 1822 y 1823), la falta de un proyecto político alternativo viable y capaz de federar a los futuros gobernantes, socavó de inmediato la estabilidad y autonomía de los nuevos Estados, dejándolos a la merced no sólo de conflictos internos, sino también de la injerencia de las potencias extranjeras.

KLEFTES Y GAUCHOS

El imaginario social es la forma en que los integrantes de una sociedad reconocen a sus componentes y pueden, gracias a ellos, identificarse como miembros de la misma (Casas, 2015). La construcción de figuras simbólicas es una parte esencial de este proceso, ya que éstas cumplen la función de cimiento identitario para la nación. En este sentido, el proceso que transitaron gauchos y kleftes se inscribe en un contexto económico, social y político enmarcado en la transición de una era precapitalista —con una sociedad agrícola y un poder político ejercido a nivel local— hacia la industrialización y la urbanización, procesos que son consecuencia del advenimiento de los Estados nación.

Este fenómeno fue analizado por Eric Hobsbawm (1959 y 2001) en contextos geográficos y cronológicos diversos, hasta esbozar el retrato, transnacional y transgeneracional, del bandolero social. Hobsbawm (1959) señala que “el molde fundamental del bandolerismo es rural y no urbano” (p. 42) y se desarrolla en sociedades en las que se oponen dominadores y dominados, pero siempre en un contexto socioeconómico precapitalista y culturalmente tradicional. El bandolero es una figura prepolítica, que no actúa con base en ideologías predeterminadas, ni siquiera tiene una conciencia de clase, sino que se opone al orden establecido en

pos de sus propios intereses o, a lo sumo, en defensa de un sector oprimido de la población al que pertenece o con el que se identifica. Por ende, su existencia está estrechamente vinculada con una organización fragmentada del territorio, en la que el poder central no tiene casi injerencia y con sistemas políticos en los cuales, a pesar de existir un rey, un emperador o un sultán, el poder se ejerce mediante jefes locales, más propensos a la negociación que a acatar órdenes (Hobsbawm, 2001). Así pues, el poder de los señores era grande, pero intermitente, ya que carecían de los medios materiales y de las vías de comunicación para ejercer un control constante sobre los pueblos y regiones más alejados de sus dominios. Por otra parte, la sobrevivencia del bandolero social como contrapoder es viable mientras no sea suplantado por movimientos revolucionarios ideológica y organizativamente mejor armados (Hobsbawm, 2001).

El *klefte* (de *κλέφτης*, ladrón), por un lado, es descrito como un bandido de las montañas de Grecia durante la ocupación otomana. Originariamente, se trataba de campesinos expulsados de sus tierras por terratenientes cristianos y conquistadores turcos (Hobsbawm, 2001) o de fuerzas irregulares al servicio de esos mismos nobles, que se desempeñaban en el cobro de impuestos y ajustes de cuenta, siempre rondando la marginalidad, cuando no la clandestinidad (Gounaris, 2018). Los *kleftes* se convirtieron en enemigos del poder otomano y sus ataques, en particular a los recaudadores de impuestos, contribuyeron a desarrollar entre los griegos y demás cristianos balcánicos, la idea de que era posible expulsar al invasor mediante tácticas de guerrilla (Ortolá, 2011). Así, adquirieron legitimidad como combatientes a favor de la emancipación y algunos, como Teodoro Kolokotronis protagonizaron etapas cruciales del proceso independentista, hasta convertirse en líderes nacionales.

Para contrarrestar el bandidaje de los *kleftes* y restaurar su autoridad en las zonas montañosas, los otomanos utilizaron como tropas auxiliares a un cuerpo armado de cristianos, los *armatoles* (*αρματολοί*). Sus jefes solían ser viejos *kleftes* convertidos en agentes al servicio de la Sublime Puerta y, de hecho, las primeras menciones del término en el siglo xv tienen la acepción de “informante” o “espía” (Vacalopoulos, 1975). Sin embargo, la anarquía del periodo pre y posrevolucionario e intereses convergentes entre ambos grupos llevaron a *kleftes* y *armatoles* a establecer alianzas, hasta

formar un frente común en contra del ocupante turco (Ortolá, 2011). No obstante, ninguno de ellos fue asociado a la construcción del Estado independiente como conjunto social o fuerza política, sino que, al contrario, se vieron excluidos del ejército y de las nuevas instituciones. En este sentido, la trayectoria excepcional de Teodoro Kolokotronis y algunos otros no deben ocultar la suerte de los kleftes y pobladores rurales en su conjunto. Kolokotronis pertenecía a un clan privilegiado, se había formado en el ejército británico y pertenecía a la *Filiki Etería*. La incapacidad del Estado para integrar a los excombatientes en el nuevo orden y proporcionarles los medios necesarios para sustentar un modo de vida dentro de los principios de la legalidad, impulsó a una gran mayoría a regresar a sus actividades delictivas de antaño (Efthymiou, 2016).

El origen y significado del vocablo gaucho, por otro lado, sigue siendo motivo de discrepancias entre los especialistas. Según Vicente Rossi, proviene del quechua *huachu*, que significa huérfano o vagabundo (Rossi, 1921). Ricardo Rodríguez Mola vincula el término al portugués “gauderio”, asociado en la Banda Oriental a “insometidos que las autoridades persiguen y controlan” (Rodríguez, 1968/1962, p. 73). En todo caso, el gaucho no responde a un tipo étnico único, sino que es fruto del mestizaje de la región rioplatense, suerte de producto social vinculado a las condiciones políticas, históricas y económicas de su medio. En el plano económico, su surgimiento responde a cambios en las necesidades del mercado europeo, que sustituyó la demanda de productos exóticos por la de materias primas y alimentos. El primer elemento poblador de la campaña se vio requerido por estos intereses, en particular los de Portugal e Inglaterra en el comercio de cueros. En este contexto, en la segunda mitad del siglo XVII, comenzaron a aparecer en el territorio de la Banda Oriental grupos de desertores del ejército y de la marina, que se relacionaron con los indios. El origen racial del gaucho debe buscarse en la mezcla de estos hombres de origen europeo o criollo, con mujeres indígenas (Lacasagne, 2009).

Los gauchos desempeñaron un papel fundamental en las guerras de la independencia rioplatense. En la Banda Oriental formaron parte, con indígenas y campesinos, del ejército popular de Artigas y contribuyeron a formar el primer gobierno federal, la Unión de los Pueblos Libres (Machado, 1984). Sin embargo, la Constitución de 1830 excluyó al gaucho

de la conformación del Estado uruguayo y como tipo social, desapareció al emerger el régimen jurídico de la propiedad, el mercado del ganado y debido a la influencia de la inmigración europea. Parte entró entonces al servicio de los propietarios como peones y otros (los matreros) pasaron a ser considerados como delincuentes (Rodríguez, 1968/1982).

Kleftes y gauchos como representantes de un fenómeno social, no fueron capaces de generar una organización de combate duradera. “El futuro estaba del lado de la organización política” afirma Hobsbawm (1959, p. 49), y quienes no se adaptaron a las nuevas formas de lucha integrándose, por ejemplo, a los ejércitos regulares, dejaron de ser los defensores de cierta justicia social para convertirse en delincuentes o quedar a sueldo de partidos políticos, terratenientes o comerciantes (Hobsbawm, 1959). El asentamiento del Estado nacional, entre mediados y fines del siglo XIX, implicó transformaciones profundas, mediante las cuales el poder estatal, ejercido en todo el territorio nacional a través de su aparato administrativo, tenía las herramientas para aplicar leyes y reglas, lo cual dejaba poco margen a estos pobladores, que, precisamente, se sustentaban del estado de situación inverso.

El bandolero, klefte y gaucho, desapareció como tipo social y perduraron los ideales de su lucha, por los que fueron compuestos versos destinados a glorificar la nación naciente. La suerte del personaje histórico contrasta con su instrumentalización por la historiografía nacional como símbolo identitario, alabando sus hazañas en las guerras de independencia. En el Río de la Plata, la literatura (José Hernández, Eduardo Acevedo Díaz) y la pintura (Juan Manuel Blanes) convirtieron al gaucho en protagonista de la conformación idiosincrásica argentina y uruguayana. En Grecia, los manuales escolares y el filelenismo occidental contribuyeron a forjar una imagen romántica del klefte, mediante la pintura (Delacroix) y la literatura (Victor Hugo, Lord Byron). En ambos casos, una de las principales características del personaje *in extenso*, del pueblo que supuestamente representa, es su afán de libertad:

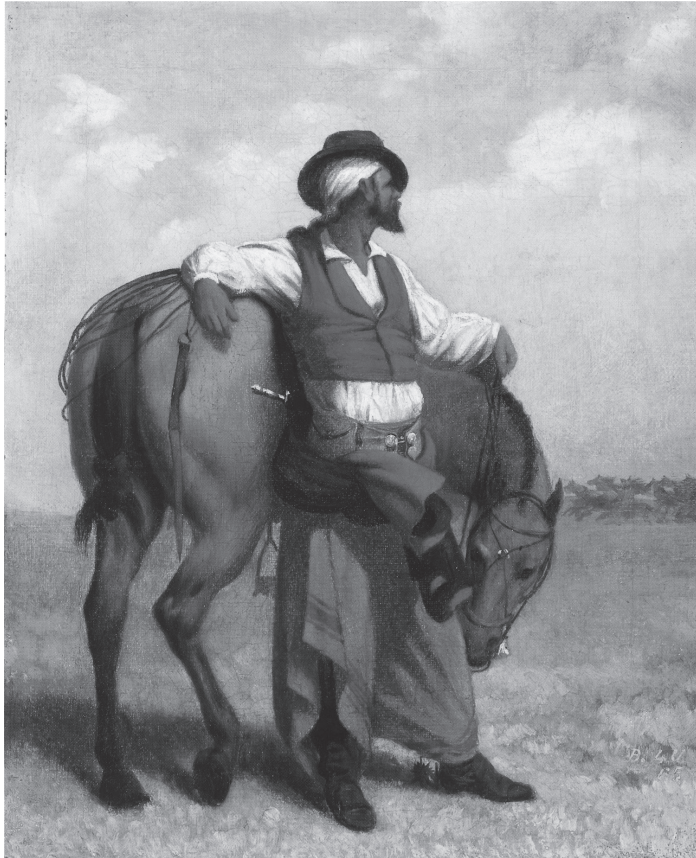
Un klefte tiene por todo bien
el aire del cielo, el agua de los pozos
Un buen fusil bronceado por el humo y,
La libertad en la montaña. (Hugo, 1829, traducción propia)

Soy gaucho, y entiendaló [...]
Mi gloria es vivir tan libre
Como el pájaro del cielo. (Hernández, 1872)



Eugene Delacroix, *Gyaur sobre el cuerpo del pachá muerto* (1825)

FUENTE: https://arthive.com/es/eugenedelacroix/works/462002-Gyaur_sobre_el_cuerpo_del_muerto_pasha#show-work://462002



Juan Manuel Blanes, *El Capataz* (1865)

FUENTE: https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/5/53/El_capataz.png

EL ROL DE GRAN BRETAÑA

Tras la derrota de Napoleón y el Congreso de Viena, Gran Bretaña había sido propulsada hacia una posición de preeminencia política, militar y económica en el escenario internacional. Para conservar y extender su dominio, la Corona británica desarrolló la diplomacia como su instrumento más eficaz. Como potencia constitucional y en nombre de la integridad y de la autonomía de los Estados (y también por liberalismo), se rehusó a involucrarse abiertamente en conflictos que pusieran en juego sus intereses.

Llevó a cabo, a partir del periodo 1820-1825, una estrategia peculiar de mediación, basada en negociaciones bilaterales independientes de cualquier decisión colectiva, que le permitiría ejercer su influencia, preservando su independencia y discreción (Couderc, 2015). La diplomacia británica intentó así impedir la celebración misma de estos congresos europeos, tal y como opinaba su ministro de asuntos exteriores Lord Castlereagh en una cita confidencial de 1820, para “evitar cuidadosamente cualquier reunión de soberanos [...] [ostensiblemente encargada] de deliberar sobre los asuntos de España” (Castlereagh, en Couderc, 2015). Castlereagh prefería “estas comunicaciones confidenciales entre gabinetes, más adecuadas para acercar ideas y adoptar, en la medida de lo posible, principios comunes” (Couderc, 2015). Con esa impronta, Gran Bretaña propuso su “mediación” entre las colonias españolas sublevadas y su antigua metrópoli y luego, junto con Austria, entre Rusia y la Sublime Puerta, cuando la revuelta helena complicó las relaciones entre ambos imperios y provocó una ruptura temporal de sus relaciones diplomáticas (Couderc, 2015).

Los intereses británicos en la Revolución griega eran múltiples: económicos, ya que un régimen político aliado y estable garantizaría el comercio marítimo inglés en el Mediterráneo; geopolíticos, pues el “asunto griego” era la oportunidad de reorganizar el tablero europeo, en detrimento de Austria y del expansionismo ruso hacia el Mediterráneo y los estrechos del Bósforo y de los Dardanelos. Por otro lado, la masacre de Quíos (1822), los asedios de Missolonghi (1822-1826) y la muerte de Lord Byron (1824) habían conmovido suficientemente a las opiniones públicas occidentales para que sus gobiernos interviniesen. Gran Bretaña y su nuevo ministro de asuntos exteriores Jorge Canning —más intervencionista que su predecesor Lord Castlereagh— fue el primer Estado en reconocerles a los griegos el estatuto de beligerantes en 1823. Esto cobraba particular relevancia política, pues significaba negociar con ambas partes en un pie de igualdad y dejar de considerar a los helenos como un pueblo insurrecto. Este reconocimiento se acompañó de un ultimátum hacia los turcos, con la amenaza de una intervención armada que terminaría concretándose en 1827 en la decisiva batalla de Navarino. Los griegos, sin embargo, no estaban en condiciones de defender sus reivindicaciones en el momento de las negociaciones. El Tratado de Londres y los documentos ulteriores

sustituyeron, a partir de 1827, las constituciones de 1822 y 1823, con el fin de silenciar el origen revolucionario del movimiento independentista (Couderc, 2015). Se reconoció a los integrantes de la nación griega, pero no se legitimó su Estado, que fue recreado como una monarquía absolutista, cuyos sucesivos reyes (ninguno de ellos griego, ni siquiera cristiano ortodoxo) fueron elegidos por las propias potencias europeas, encabezadas por Inglaterra. Yanis Makriyannis, político, militar y escritor contemporáneo de la Revolución, resume la intervención extranjera en la lucha independentista griega con las siguientes palabras:

Los europeos se lanzaron en persecución de los pobres griegos. Los primeros años de Revolución, enviaron suministros a los castillos de los turcos y todavía hoy, los persiguen para aniquilarlos. Inglaterra quiere someterlos a las leyes inglesas, como los pobres y hambrientos malteses. Francia los quiere franceses y Rusia, rusos; Metternich, por su parte, los prefiere austríacos. El primero de los cuatro que se los coma les otorgará una libertad peor aún que el yugo turco. (Makriyannis, 2011, p. 368)

El nuevo Estado era una entidad geográfica restringida, económicamente poco viable y su dimensión contrarrevolucionaria tenía por objetivo preservar la estabilidad de las fronteras europeas y los intereses de las grandes potencias. De los tres millones de los considerados como griegos, sólo 700 000 vivían en el nuevo Estado, mientras que Constantinopla reagrupaba a 200 000. Los grandes centros culturales, religiosos y económicos estaban fuera del reino, que no contaba con ninguna gran ciudad (Prevelakis, 2005). Esta situación impulsó la gestación del proyecto irredentista de la *Megali Idea* (Gran Idea), documentada por primera vez en 1844, cuyo objetivo era la creación de una Gran Grecia, sobre la base de reivindicaciones territoriales históricas y étnicas, cuya capital sería Constantinopla (Sotirovic, 2018).

A la hora de ponderar la intervención británica en la Revolución oriental, surge la problemática de la tardía profesionalización de la labor historiográfica en Uruguay, pues quienes escribían la historia vehiculaban, a través de ella, la ideología partidaria a la que adherían (Frega, 2008). Así,

se impuso en un primer momento la voluntad de formular un relato que minimizara el papel de Gran Bretaña y negara la existencia de un plan preestablecido por la Corona británica. Autores como Luis Alberto de Herrera (1930 y 1940) rescataron el “espíritu de independencia instintivo” de los nativos, reduciendo el rol de la diplomacia inglesa al de un “mediador neutral y equidistante”.

Sin embargo, sabemos hoy en día que la injerencia inglesa en la emancipación hispanoamericana consistió en medidas muy concretas de ayuda militar, política y diplomática contra los dominios españoles. Fue realizada por particulares, amparados por el Estado británico y por su gobierno, con el fin de arrebatarle a España sus colonias y garantizar la libre navegación por el estuario del Río de la Plata (Machado, 1984). Las mercaderías inglesas eran introducidas hasta ese momento a través del comercio clandestino, lo cual implicaba evidentes limitaciones para la multiplicación de sus beneficios. Así lo confirma una misiva del Lord Ponsonby, ministro plenipotenciario del Reino Unido, enviada a Londres: “Los intereses y la seguridad del comercio británico serían grandemente aumentados en un Estado en que los gobernantes cultivaran una amistad por Inglaterra. La Banda Oriental contiene la llave del Plata y de Sud América, debemos perpetuar una división geográfica de Estados que beneficie a Inglaterra y la paz” (Machado, 1984).

La Convención Preliminar de Paz entre Brasil, Argentina e Inglaterra (1828) marcó el fin de la guerra y el reconocimiento de la independencia de Uruguay, sin que los principales interesados hubiesen tenido representación directa en las negociaciones. Una cláusula adicional garantizaba “la libre navegación sobre el Río de la Plata y sus afluentes a las Provincias Unidas y el Brasil por cierto lapso” (*The British Packet. De Rivadavia a Rosas*, 1, 1826-1832, cit. en Frega, 2008, p. 62). No obstante, la indefinición de los límites fronterizos con el Imperio del Brasil, sumados a la ausencia de garantía de integridad por parte de la potencia mediadora (Gran Bretaña), acotaban el alcance de la existencia soberana del nuevo Estado de 70 000 habitantes, caracterizado en un informe diplomático brasileño como “pequeno, fraco e pobre” (Clemente, 2005, p. 2).

El impacto económico y financiero de Gran Bretaña en la conformación nacional de Grecia y Uruguay ha sido analizado con enfoque comparativo por Gekas y Acosta (2021), en el marco de lo que los autores denominan “el imperio informal” inglés. Bajo la égida británica, ambos países recién emancipados iniciaron su transición de pequeñas economías regionales hacia el mercado globalizado, con consecuencias significativas para sus trayectorias políticas y económicas. En Uruguay, se priorizaron la industrialización y la exportación de productos ganaderos, mientras que en Grecia se impulsaron el transporte marítimo y la integración de la economía en los mercados financieros. En todo caso, ambos procesos se desarrollaron en función de los intereses británicos y para beneficio de determinadas élites locales, en detrimento de la salud y viabilidad de la economía nacional (Gekas & Acosta, 2021).

Los escenarios regionales que dieron lugar a las revoluciones griega y oriental fueron distintos: mientras los procesos americanos contaban con la distancia geográfica que las separaba de la metrópolis, los revolucionarios griegos conformaban una unidad territorial con el Imperio otomano y se veían limitados, además, por el inmovilismo de la Cuádruple Alianza. Sin embargo, los intereses de Gran Bretaña y su habilidad para defenderlos mediante estrategias diplomáticas pronto dejaron en evidencia la inoperancia del Tratado. Las ambiciones de dominación marítima no sólo del espacio mediterráneo, sino también de los demás océanos del globo, llevarían a la Corona británica a mediar en pos de la creación de dos Estados nacionales al servicio de sus ambiciones.

UNA DIFÍCIL CONSTRUCCIÓN NACIONAL

El concepto moderno de nación implica la existencia de una comunidad étnica, histórica, lingüística y culturalmente homogénea, en la que se basa la legitimidad política del Estado (Anderson, 1983; Pérez, 2003). La nación actúa, por lo tanto, como fuente de legitimación del Estado y garantiza su viabilidad, es decir, lo protege contra conflictos internos y lo hace menos vulnerable a las ambiciones de otras potencias (González, 2001). Esta acep-

ción poco tiene que ver con la existencia de comunidades humanas que, a lo largo de la historia, han sido (auto)identificadas como naciones, sino que nace con la Ilustración y se limita, en un principio, a Europa (Pérez, 2003). La transformación de la nación en sujeto político plantea la situación de una identidad individual y colectiva altamente subjetiva, que Tomás Pérez (2003) define como una “ficción de pertenencia”:

La nación no “es”, se “hace”. Las identidades colectivas son objetos simbólicos, contruidos en momentos históricos concretos y fruto de condiciones históricas determinadas. Y la nación es sólo la respuesta que las sociedades nacidas de las convulsiones del antiguo régimen dan al problema de la identidad y de la legitimación del ejercicio del poder político en el momento histórico concreto de las revoluciones liberales. (p. 281)

Uruguay ha presenciado corrientes historiográficas opuestas acerca del surgimiento del Estado y del proceso de construcción nacional. La verdadera génesis del país, como producto de una transacción diplomática entre Brasil y Argentina, mediada por Gran Bretaña, obstaculizó, al inicio, la producción de cualquier épica nacionalista creíble. Tal emprendimiento recién pudo desarrollarse a partir de 1870, una vez consumada lo que Tomás Sansón (2010, p. 38) llama “la balcanización platense”. El autor alude a la guerra de la Triple Alianza, que afirmó la conformación de los Estados regionales y de sus fronteras terrestres. Hecho esto, había que definir un pasado común, con referentes y símbolos integradores que permitieran fundar la nación y su nacionalidad (Sansón, 2010). Para ello, la investigación histórica de la época cumplió un rol ideológico fundamental, pues actuó como vector del concepto ideado por el Estado, que presentaba la independencia de Uruguay como “la culminación de un proceso político de maduración nacional” (Frega, 2008). Ésta enaltece la figura histórica del gaucho y de su caudillo, al mismo tiempo que borra del presente la presencia molesta del gaucho vagabundo marginado por el alambrado de los campos (González, 2001).

La profesión historiográfica concuerda hoy en día en afirmar que la comunidad (es decir, los orientales) carecía en 1830 de la suficiente cohesión social

como para autoperibirse como integrantes de una misma nación (Frega, 2008). A la ausencia de sentimiento de pertenencia nacional (porque precisamente no había nación hasta el momento de la independencia), se sumaban la indefinición jurídica de las fronteras y los nexos culturales y económicos con el entorno argentino y brasileño. Éstos habían creado desde hacía siglos “un continuo sociopolítico” en el que se producían múltiples y diversos intercambios, que no admitía fronteras, ni otros tipos de limitaciones legales. La integración regional producto de la época colonial generaba un conjunto de interrelaciones que, al igual que en el espacio otomano, no reconocía los conceptos de nación, religión o idioma como condicionantes para habitar un territorio (González, 2001, p. 29).

El proceso de construcción nacional llevado a cabo durante la segunda mitad del siglo XIX implicó, por parte de las élites intelectuales en el poder, el desarrollo de políticas públicas capaces de garantizar la viabilidad del Estado uruguayo independiente (Oroño, 2016). Para ello, también era necesario construir una identidad nacional capaz de cohesionar realidades demográficas, culturales y lingüísticas muy diversas. En efecto, en el territorio uruguayo coexistían poblaciones lusófonas en la frontera con Brasil e inmigrantes europeos en el sur, muchos de ellos no hispanohablantes, con descendientes de indígenas y esclavos africanos, cuyas lenguas se habían perdido ya en el último cuarto del siglo XIX. Esta heterogeneidad requería la ejecución de políticas de nacionalización y la imposición del idioma español, mediante la reforma escolar de 1877 (liderada por José Pedro Varela desde su rol de inspector nacional de Instrucción Pública), desempeñó un rol fundamental (Oroño, 2016).

En términos de construcción e identidad nacionales, el caso de Grecia es sensiblemente distinto, pues como pueblo, los griegos existían desde la más alta Antigüedad y por muy diversa que fuera, existía una conciencia nacional previa a la independencia. Sin embargo, afirmar que esa nación preexistente fue el cimiento del Estado griego es una simplificación ya desmentida por numerosos historiadores (Kostis, 2004 y 2013; Couroucli, 2002; Couderc, 2016). La independencia fue ideada por las élites de la

diáspora y se convirtió rápidamente en un proyecto europeo, asociado al movimiento romántico del siglo XIX. Los intelectuales occidentales insuflaron a los griegos contemporáneos la idea de que la identidad moderna estaba ontológicamente ligada a la Antigüedad. Según ellos, ésta era la que permitía legitimar la existencia soberana de un pueblo confinado en los límites del continente europeo. Entre el pasado glorioso de la Antigüedad y el presente vergonzoso del yugo otomano, parecía no haber existido nada. De hecho, la elección de nombre del nuevo Estado, “Hellas”, y su gentilicio “helenos”, solapa el legado bizantino de los Romeos, asociado al dominio turco, pero era más familiar entre la mayoría de los griegos del Imperio otomano (Couroucli, 2002).

De hecho, el estudio del origen y la organización social de los combatientes de 1821 demuestra que, como todo movimiento contestatario de tal amplitud (y al igual que el oriental), la Revolución griega abarcaba poblaciones heterogéneas, con características socioeconómicas diferentes, ubicados en territorios dispares e incluso con intereses divergentes. En este contexto, los desafíos locales de la lucha cobraban a menudo mayor relevancia que los de una nación aún muy abstracta. De hecho, el motivo primordial del campesinado para sostener la rebelión fue el deseo de obtener tierras, siendo las motivaciones religiosas o nacionalistas secundarias. Los comerciantes del mar Egeo, al igual que los de Montevideo, deseaban desarrollar sus actividades comerciales con mayor libertad y así incrementar sus ganancias. Los fanariotas estaban divididos, pues si bien simpatizaban con los ideales de la Revolución, muchos de ellos se beneficiaban ampliamente de su posición privilegiada dentro del Imperio otomano (Stavrianos, 2000). Las élites intelectuales eran quienes mayor interés tenían en una identidad nacional declarada —zócalo imprescindible para la emergencia del nuevo Estado—, legitimadas por la proyección cartográfica occidental, que poca noción tenía de los sistemas de identificación de las poblaciones rurales balcánicas. En el terreno, obraron para adaptar la realidad de aquellas sociedades a la norma occidental, “helenizando, serbiizando y bulgarizando” a sus campesinos. En última instancia, incidieron directamente sobre el territorio, mediante la expulsión de las poblaciones sometidas que no podían o no querían aceptar la identidad nacional dominante (Prevelakis, 2005).

El caso griego constituye un ejemplo representativo del proceso de modernización del espacio otomano desde el punto de vista de la asociación entre identidad y territorio. La definición arbitraria de los límites geográficos del Estado constituyó el punto de partida para la constitución de una comunidad política destinada a convertirse en nación. Ésta se basó en una primera etapa en la autodefinición de la identidad religiosa, sin otorgarle por ello a la religión y al legado bizantino la dimensión identitaria real que revestían para los estratos sociales más bajos (Kontouma, 2021). El segundo paso fue la helenización de las poblaciones ortodoxas, a través de la difusión de una nueva forma de identidad, basada en la nación y elaborada por instituciones educativas y culturales modernas como la Universidad de Atenas (Kontouma, 2021; Prevelakis, 2005). El ejemplo griego muestra cómo la creación de Estados nación en los Balcanes significa una ruptura con la tradición otomana que, a través del sistema de los *millet*, propiciaba la convivencia pacífica entre comunidades religiosas. Así, la creación de la Grecia moderna se basó inicialmente en una cesura religiosa entre cristianos ortodoxos y musulmanes, transformada gradualmente en oposición nacional entre griegos y turcos, según el plan establecido por las élites intelectuales y comerciales occidentalizadas que encabezaron la construcción nacional (Prevelakis, 2005).

Hemos visto la importancia que revistió la estandarización e imposición del idioma español en Uruguay: primero como elemento constitutivo de la identidad nacional y luego como instrumento para la asimilación de las distintas comunidades nacionales, en el marco del Estado nación. Se identifica el mismo proceso en Grecia, donde el griego antiguo fue la lengua dictada en todos los niveles escolares, hasta mediados del siglo XIX, en forma casi exclusiva. La enseñanza del griego moderno en las escuelas secundarias recién se introdujo en 1844 y no se trataba de la lengua hablada (*dimotiki*), sino de una variante depurada de sus formas vulgares y cercana al griego antiguo (*katharévoussa*), idioma artificial y difícilmente comprensible para la mayoría de los ciudadanos (Angélopoulos & Koulouri, 1996). A pesar de su falta de autenticidad y de reconocimiento por

la propia población griega, la *katharévoussa* apenas dejó de ser el idioma oficial en 1975 (Couroucli, 1991).

Eric Hobsbawm (1990, p. 10, traducción propia) recuerda “que los Estados y los nacionalismos crean las naciones y no lo contrario”. La transformación de un pueblo en una nación implica la toma de conciencia de su propio valor político y cultural o, en su defecto, la creación de esta conciencia a partir de un proyecto político elaborado por sus élites (Leibholz, 1958; Anderson, 1983). El siguiente paso radica en afirmar la existencia de la nación como una totalidad concreta, distinta e independiente. Para ello, se construye el relato historiográfico, se moldea el idioma y se difunde el proyecto nacional mediante la educación desde la más temprana edad y del arte en todas sus manifestaciones. Como parte de los primeros Estados nacionales, Grecia y Uruguay transitaron todas las etapas de este proceso: la parcialidad de una historiografía nacional al servicio del Estado y de sus élites, que se abstuvo de presentar la independencia como el producto de una transacción encabezada por Gran Bretaña; la uniformización del idioma y la elaboración de un arsenal educativo, vector ideal del relato oficial; la pintura y la literatura (en el caso de Grecia, en buena medida de procedencia occidental) como instrumentos de propagación de los orígenes y del “deber ser” de la nación.

REFLEXIONES FINALES

Tanto el proceso revolucionario griego como el oriental fueron en primer lugar guerras de liberación, dictadas por motivos comerciales, territoriales, religiosos o nacionalistas. En este sentido, el lema común “Libertad o muerte” demuestra el deseo de emancipación respecto a un ocupante considerado como extranjero e indeseable. La trayectoria de ambos movimientos independentistas estuvo dominada por la voluntad de independencia de destacados líderes o de ciertos estratos dirigentes y por la intervención de potencias extranjeras en la lucha entre los insurgentes y sus opresores. Sin embargo, tampoco puede afirmarse que la idea de nación y su corolario, el sentimiento de pertenencia o conciencia nacional prevalecían desde el inicio entre los nuevos conciudadanos. Tampoco existía proyecto político y económico definido que pudiera garantizar

la soberanía y viabilidad del Estado. A su vez, las potencias dominantes del momento pretendían sacar beneficio de procesos emancipatorios que habían apoyado con ese fin. No dudaron, para ello, en silenciar su dimensión revolucionaria y de transformación social, en acuerdo con las nuevas élites nacionales, que se beneficiaban de un *statu quo* impregnado de valores burgueses y liberales. A ello se sumaron las luchas internas entre dirigentes de las naciones independientes, lo cual no tardó en socavar la autonomía de los nuevos Estados y, por ende, en comprometer la libertad e igualdad de sus ciudadanos.

Así es como nacieron Grecia y Uruguay, padeciendo idénticos males. Esto los convirtió de facto en “protectorados” de Gran Bretaña, que logró asentar por un siglo su posición hegemónica a nivel mundial. Similares fueron, también, las consecuencias de semejante inequidad. Primero, por las guerras civiles que estallaron antes y después de las declaratorias de independencia. Luego, por la exclusión de determinados actores sociales como kleftes y gauchos, en contraste con la recuperación de su figura como símbolos de la nación liberada. Los ideólogos de los nuevos Estados impulsaron la construcción de un tipo nacional homogéneo, es decir, exento de mestizaje —religioso, cultural, lingüístico— cuando éste era inherente a ambas sociedades. Se excluyeron en Uruguay a indígenas y afrodescendientes, en Grecia a musulmanes y poblaciones no helenófonas. La extinción de los indios charrúas y las depuraciones étnicas que se prolongaron hasta el siglo xx, con la desaparición de los griegos pónticos y el éxodo de los micrasiates luego de la destrucción de Esmirna, fueron las máximas consecuencias de este proceso. Si bien Grecia y Uruguay son, hoy en día, Estados nacionales conformados y reconocidos, cabe recordar que el camino recorrido por sus sociedades para lograrlo es, en gran medida, el resultado de un proceso ulterior a la independencia. Cabe recordar también que, por ese mismo camino, han quedado individuos y comunidades que formaban parte del territorio, pero no fueron convocados a integrar la nación. El reconocimiento de Grecia y Uruguay como Estados de derecho no debe ocultar el carácter voluntarioso, parcial y discriminatorio de su proceso de construcción nacional.

REFERENCIAS

- AGUERRE, M. L. (2015, enero-junio). “Confederación. Una idea clave del ‘sistema’ artiguista”. *Revista de la Facultad de Derecho*, (38), 13-47. http://www.scielo.edu.uy/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2301-06652015000100001&lng=es&tng=es.
- ANDERSON, B. (1983). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica. <https://www.felsemiotica.com/descargas/Anderson-Benedict-Comunidades-imaginadas.-Reflexiones-sobre-el-origen-y-la-difusi%C3%B3n-del-nacionalismo.pdf>
- ANGÉLOPOULOS, C., & KOULOURI, C. (1996). “L’identité nationale grecque: Métamorphoses 1830-1995. Étude des manuels scolaires grecs d’histoire, de géographie et de lecture”. *Internationale Schulbuchforschung*, 18 (3), 323-349. <http://www.jstor.org/stable/43057036>
- ARTIGAS, J. G. (1813). *Instrucciones del Año XIII*. http://www.museohistorico.gub.uy/inovaportal/file/41215/1/instrucciones_del_ano_xiii_transcripcion.pdf
- BRÉGANNI, C. (2013). “L’influence maçonnique sur l’hellénisme durant la dernière période ottomane et les symboles de l’État grec”. En P.-I. Beaurepaire, K. Loïselle, J.-M. Mercier & T. Zarcone, *Diffusions et circulations des pratiques maçonniques* (pp. 285-299). Paris: Garnier. <https://classiques-garnier.com/diffusions-et-circulations-des-pratiques-maonniques-xviii-xxe-siecle-l-influence-maonnique-sur-l-hellenisme-durant-la-derniere-periode-ottomane-et-les-symboles-de-l-etat-grec.html>
- CANO, E. (2018). “Masonería y cosmopolitismo en el Uruguay del siglo XIX”. *Revista de Estudios Históricos de la Masonería Latinoamericana y Caribeña*, 9 (2), 155-178. <https://dx.doi.org/10.15517/rehmlac.v9i2.31578>
- CASAS, M. E. (2015, julio-diciembre). “Representaciones y publicaciones sobre el gaucho argentino en la década del treinta. Entre la identidad nacional, el campo literario y las estrategias comerciales”. *Revista Historia y Memoria*, (11) 151-176. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=325140735006>
- CLEMENTE, I. (2005, noviembre). “Política exterior de Uruguay, 1830-1895. Tendencias, problemas, actores y agenda”. *Documentos de Trabajo*, (69). <https://xdoc.mx/documents/politica-exterior-de-uruguay-1830-5df14f6023581>
- COUDERC, A. (2015). “L’Europe et la Grèce, 1821-1830: Le Concert européen face à l’émergence d’un État-nation”. *Bulletin de l’Institut Pierre Renouvin*, (42), 47-74. <https://doi.org/10.3917/bipr.042.0047>
- COUDERC, A. (2016). “Qui sont les Grecs? Traces de guerre, vestiges d’Empire et mémoires en conflit”. *Histoire@Politique*, (29), 25-40. <https://doi.org/10.3917/hp.029.0025>
- COUROUCLI, M. (1991). “Diglossie et double langage. Langues et langues d’honneur en Grèce”. *Langage et société*, (57). [https://www.persee.fr/doc/lsoc_0181-4095_1991_num_57_1_2542#:~:text=La%20situation%20linguistique%20de%20la,katharevousa\)%2C%20officielle%20et%20%C3%A9crite](https://www.persee.fr/doc/lsoc_0181-4095_1991_num_57_1_2542#:~:text=La%20situation%20linguistique%20de%20la,katharevousa)%2C%20officielle%20et%20%C3%A9crite).

- COUROUCLI, M. (2002). “Le nationalisme d’État en Grèce. Les enjeux de l’identité dans la politique nationale, XIXe-XX siècle”. En A. Dieckhoff & R. Kastoryano (Eds.), *Nationalismes en mutation en Méditerranée orientale*. Paris: CNRS Éditions.
- COUROUCLI, M. (2003). “Génos, Ethnos. État et État nation”. *Ateliers Du Lesc/Ateliers A*, (26), 287-299. <https://doi.org/10.4000/ateliers.8737>
- DELORME, O. (2014a). “Chapitre v. La spécificité grecque (XVe-XVIIIe siècle)”. En O. Delorme, *La Grèce et les Balkans, I* (pp. 182-226). Paris: Gallimard. <https://www.cairn.info/la-grece-et-les-balkans--9782070396061-page-182.htm>
- DELORME, O. (2014b). “Chapitre vi. Les Balkans, de la révolte serbe à la révolution grecque (1804-1821)”. En O. Delorme, *La Grèce et les Balkans, I* (pp. 229-257). Paris: Gallimard. <https://www.cairn.info/la-grece-et-les-balkans--9782070396061-page-229.htm>
- DELORME, O. (2014c). “Chapitre vii. Makriyannis et la révolution grecque (1821-1827)”. En O. Delorme, *La Grèce et les Balkans, I* (pp. 258-314). Paris: Gallimard. <https://www.cairn.info/la-grece-et-les-balkans--9782070396061-page-229.htm>
- DUCRET, B., & Krauss, A. (2014). *La franc-maçonnerie et l’histoire de la Grèce*. https://www.academia.edu/43273017/La_franc_ma%C3%A7onnerie_et_la_fondation_de_la_Gr%C3%A8ce
- EFTHYMIU, M. (2016). *La Revolución de 1821. El difícil emprendimiento de una sociedad compleja. (Ciclo de conferencias)*. Heraclión: Ediciones Universitarias de Creta. https://mathesis.cup.gr/assets/courseware/v1/ea700c39e5d6510deb60d8125294fe09/c4x/History/Hist1.2/asset/Hist_1.2_3rd_week.pdf
- FREGA, A. (2005, septiembre-diciembre). “Guerras de independencia y conflictos sociales en la formación del Estado Oriental del Uruguay, 1810-1830”. *Dimensión antropológica*, 35: 25-58. <https://www.dimensionantropologica.inah.gob.mx/wp-content/uploads/03Dimen35.pdf>
- FREGA, A. (2008). “La mediación británica en la guerra entre las Provincias Unidas y el Imperio de Brasil (1826-1828): una mirada desde Montevideo”. *Estudios Ibero-Americanos*, 34 (1), 36-64. <https://revistaseletronicas.pucrs.br/iberoamericana/article/view/4523>
- GEKAS, S., & ACOSTA, C. (2021). “Greece, Uruguay and the British Informal Empire: From National Narratives to Global History”. *Historiein*, 19 (2). <https://doi.org/10.12681/historiein.19500>
- GONZÁLEZ, C. (2001). *La construcción de la identidad nacional uruguaya*. Montevideo: Taurus/ Universidad Católica del Uruguay. https://www.researchgate.net/profile/Carolina-Gonzalez-Laurino/publication/320124818_La_construccion_de_la_identidad_uruguaya/links/5a97361aaca27214056b3a74/La-construccion-de-la-identidad-uruguaya.pdf
- GOUNARIS, B. (2018). “Blood Brothers in Despair: Greek Brigands, Albanian Rebels and the Greek-Ottoman Frontier, 1829-1831”. *Cahiers balkaniques*, (45). <http://journals.openedition.org/ceb/11433>

- HERNÁNDEZ, J. (1872). *El gaucho Martín Fierro*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/el-gaucho-martin-fierro--1/html/ff29ee5a-82b1-11df-acc7-002185ce6064_2.html
- HERRERA, L. A. de (1930). *La Misión Ponsonby*. Montevideo: Barreiro y Ramos. <https://ia600306.us.archive.org/6/items/LuisAlbertoDeHerrera1930LaMisionPonsonby.Vol.1/Luis%20Alberto%20de%20Herrera%20-%201930%20-%20La%20mision%20Ponsonby.%20Vol.%201.pdf>
- HERRERA, L. A. de (1940). *La Paz de 1828*. Montevideo: s. Ed.
- HOBBSAWM, E. (1959). *Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*. Barcelona: Ariel. <http://historialatinoamericana.socials.uba.ar/wp-content/uploads/sites/85/2018/03/Eric-Hobsbawm.-Rebeldes-primitivos.pdf>
- HOBBSAWM, E. (1990). *Nations and nationalism since 1870*. Cambridge: Cambridge University Press. https://keimena11.files.wordpress.com/2014/01/hobsbawm_nations_and_nationalism_since_1780.pdf
- HOBBSAWM, E. (2001). *Bandidos*. Barcelona: Planeta.
- HUGO, V. (1829). “Lazzara”. En *Les Orientales*. https://fr.wikisource.org/wiki/Les_Orientales/Lazzara
- JULIEN, É. (2005). “Le comparatisme en histoire: Rappels historiographiques et approches méthodologiques”. *Hypothèses*, 1 (8), 191-201. <https://doi.org/10.3917/hyp.041.0191>
- KONTOUMA, V. (Dir.). (2021). *1821-1921. Frontières, populations, territoires de la Grèce à travers les cartes de l'Institut français d'études*. Paris: Institut français d'études byzantines. <https://hal.science/hal-03363381/document>
- KOSTIS, K. P. (2004). “The formation of the state in Greece, 1830-1914”. En F. Birtek & T. Dragonas (Eds.), *Citizenship and the Nation-State in Greece and Turkey* (pp. 18-35). London: Routledge. <https://fr.scribd.com/document/145693337/The-formation-of-the-state-in-Greece-1830-1914>
- KOSTIS, K. P. (2013). *Les enfants gâtés de l'Histoire. La formation de l'État grec moderne, XVIII-XXI siècle*. Athènes: Polis.
- LACASAGNE, P. (2009, enero-junio). “El gaucho en Uruguay y su contribución a la literatura”. *Revista Interamericana de Bibliotecología*, 32 (1): 173-191. <http://www.scielo.org.co/pdf/rib/v32n1/v32n1a9.pdf>
- LEIBHOLZ, G. (1958). “Pueblo, nación y Estado en el siglo XX”. *Revista de estudios políticos*, (100), 21-48. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2129375>
- MACHADO, C. (1984). *Historia de los orientales*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- MAKRIYANNIS, Y. (2011). *Memorias de la Revolución griega de 1821* (Edición de Francisco Javier Ortola Salas). Madrid: Papeles del tiempo.
- MONTESQUIEU, C. L. (1748). *De l'esprit des lois*. https://archives.ecole-alsacienne.org/CDI/pdf/1400/14055_MONT.pdf

- MOUGEL, F., & PACTEAU, S. (2012). “Le congrès de Vienne et ses prolongements : la lutte entre légitimité et nationalité”. En F.-C. Mougel (Éd.), *Histoire des relations internationales, de 1815 à nos jours*. Paris: Presses Universitaires de France.
- OLABARRI, I. (2010). “Qué historia comparada”. *Studia Historica-Historia Contemporánea*, x-xi, (1992-93), 33-75. https://www.researchgate.net/publication/277159519_Que_historia_comparada
- OROÑO, M. (2016). “La escuela en la construcción de las fronteras culturales y lingüísticas en el Uruguay de fines del siglo XIX”. *Páginas de Educación*, 9 (1), 146-160. http://www.scielo.edu.uy/scielo.php?script=sci_arttext&pid=s1688-74682016000100006&lng=es&tlng=es
- ORTEGA, F. (2011). “Ni nación ni parte integral. ‘Colonia’, de vocablo a concepto en el siglo XVIII iberoamericano”, *Prismas-Revista de Historia Intelectual*, 15 (1), 11-29. <https://www.redalyc.org/pdf/3870/387036812001.pdf>
- ORTOLÁ, J. (2011). “Prefacio”. En Y. Makriyanis, *Memorias de la Revolución griega de 1821* (pp. 15-75) (Edición de Francisco Javier Ortolá Salas). Madrid: Papeles del tiempo.
- PÉREZ, T. (2003). “La construcción de las naciones como problema historiográfico: el caso del mundo hispánico”. *Historia Mexicana*, LIII (2), 275-311. <https://www.redalyc.org/pdf/600/60053202.pdf>
- PREVELAKIS, G. (2005). “Le processus de purification ethnique à travers le temps”. *Guerres mondiales et conflits contemporains*, 1 (217), 47-59. <https://doi.org/10.3917/gmcc.217.0047>
- REPÚBLICA HELÉNICA (1823). *Constitución de Epidaurio*. <https://www.hellenicparliament.gr/UserFiles/f3c70a23-7696-49db-9148-f24dce6a27c8/syn06.pdf>
- REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY. (1825). *Declaratoria de Independencia*. <https://uruguayeduca.anep.edu.uy/efemerides/172#:~:text=Se%20declara%20de%20hecho%20y,su%20soberan%C3%ADa%2C%20estime%20conveniente%E2%80%9D>.
- RODRÍGUEZ, R. E. (1968/1982). *El origen social del gaucho*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina. (Obra original publicada en 1968) <https://www.folkloretradiciones.com.ar/literatura/Historia%20social%20del%20gaucho.pdf>
- RIMIKIS, N. M. (2017). *Filiki Etairia: The Rise of a Secret Society in the Making of the Greek Revolution*. Senior Projects Spring 2017. 317. https://digitalcommons.bard.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1082&context=senproj_s2017
- ROSSI, V. (1921). *El gaucho: su origen y su evolución*. <https://archive.org/details/RossiVElGaucho/page/n111/mode/2up>
- RUBIO, J. (1999). “La ‘Nueva Constitución Política’ de Rigas Velestinlis”. *Contrastes. Revista Internacional de Filosofía*, (4): 133-148. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=230359>
- SANSÓN, T. (2010). “El Bicentenario en Uruguay. Vigencia y problematización de los contenidos esenciales del imaginario nacionalista clásico”. *Anuario del Centro de*

- Estudios Históricos "Prof. Carlos S. A. Segreti"*, (10): 35-51. file:///C:/Users/Katia/Downloads/Dialnet-ElBicentenarioEnUruguay-4082274-1.pdf
- SOLAR, F. S. del (2010). "Masones y Sociedades Secretas: redes militares durante las guerras de independencia en América del Sur". *Les Cahiers ALHIM*, (19). <https://doi.org/10.4000/alhim.3475>
- SOLAR, F. S. del (2013). "Loges en réseaux. Circulation atlantique et sociabilité militaire pendant les guerres d'indépendance en Amérique du Sud". En *Diffusions et circulations des pratiques maçonniques. XVIII-XX siècle* (pp. 237-262). Classiques Garniers. <https://classiques-garnier.com/diffusions-et-circulations-des-pratiques-maconniques-xviii-xxe-siecle-loges-en-reseaux.html>
- SOTIROVIC, V. (2018). "*Megali Idea*" and *Greek Irredentism in the Wars for a Greater Greece 1912-1923*. Researchgate. https://www.academia.edu/37932591/_Megali_Idea_And_Greek_Irredentism_In_The_Wars_For_A_Greater_Greece_1912_1923
- STADTMÜLLER, G. (1982). "Die lateinamerikanische und die griechische Unhabhängigkeitsbewegung", *Saeculum* (33), 74-87. file:///C:/Users/Katia/Downloads/stadm%C3%BCller-2019-die-lateinamerikanische-und-die-griechische-unabh%C3%A4ngigkeitsbewegung-1.pdf
- STAVRIANOS, L. S. (2000). *The Balkans since 1453*. New York: University Press. <https://archive.org/details/balkanssince145300lsst/page/n7/mode/2up>
- TORRES, M. G. (2019, enero-junio). "Movilidad, fugas y mestizaje en la Banda Oriental del Uruguay: una primera aproximación. Buenos Aires". *Revista TEFROS*, 17 (1), 114-142. <http://www2.hum.unrc.edu.ar/ojs/index.php/tefros/article/view/737/761>
- TSIPTSIOS, L. (2017). "Les Grecs" dans l'Empire ottoman". *Les clés du Moyen-Orient*. <https://www.lesclesdumoyenorient.com/Les-Grecs-dans-l-Empire-ottoman.html>
- VACALOPOULOS, A. E. (1975). "Traits communs du développement économique et social des peuples balkaniques et du Sud-Est Européen à l'époque ottomane". *Balkan Studies*, 16 (1), 154-175. <https://ojs.lib.uom.gr/index.php/BalkanStudies/article/view/1335>